

No blue

S oñó el deseo antes de vivirlo: el deseo (que había oído en boca de otros, que había leído en libros de otros, pero que nunca había experimentado) de repetir un momento del pasado, un momento ni más ni menos importante que los demás, pero al que se vuelve, como las manos vuelven a un botón —siempre el mismo— que creen desabrochado. Se creía buen conocedor del pasado, por lo menos del propio: su vida está llena de momentos insignificantes que lo visitan sin motivo y cuya insignificancia misma le provoca desazón. Una tarde veía llover a través de una ventana, se desprendió una de las últimas hojas de un plátano y recuerda que el viento la pegó, como ofrenda inesperada, en el vidrio contra el cual se achataban su cara y la de su hermano. Ve las nervaduras oscuras y nítidas en la hoja amarillenta, ve la pelusa rubio en la mejilla del otro, ve como se reflejan en el vidrio, sobre la hoja y como en pedazos, las dos caras. Y hay tantos otros recuerdos, para qué enumerarlos. A veces le parece que su vida es eso: un exceso de minucias que no olvida, parecidas a esas carpetitas que en algunas casas cubren respaldos, brazos de sillón, mesitas, y que señalan a gritos su evidente y pequeña inutilidad.

El sueño de anoche lo invitó a algo distinto. No sólo a mirar de lejos uno de esos recuerdos —como esas mujeres viejas y solas que de pronto lo dejan todo, el té que están bebiendo, la carta al hijo, el solitario a medio hacer, por ir a mirar un prendedor escondido en un cajón, bajo un par de guantes —sino

a querer revivirlo. Lo que no le dio el sueño, sin embargo, fue el lugar de la memoria al que el deseo podría aferrarse, el contenido de su ilusión. La disparidad entre la fuerza de su añoranza y la imprecisión de su recuerdo no dejó de impresionarlo.

Hay paradojas que nos estimulan (como si fueran pruebas Perversas de la inteligencia del universo) y ésta era una de ellas. Se levantó con un entusiasmo raro en él (por lo menos en esos días), tomó sus dos tazas de té como si fueran alcohol, se lanzó a la calle como si el recuerdo lo esperara afuera, en la lluvia, en la bruma, en ese cielo encapotado al que le había costado tanto acostumbrarse. ¿Alguien habrá pensado, alguna vez, en la largura de las mañanas pasadas en casa, leyendo y releendo el periódico del día anterior hasta vaciarlo de sentido, aprendiendo casi de memoria nacimientos y defunciones porque no se quiere, porque no se puede salir?

Buscaba un deseo, la materia de un deseo. Vagó por la ciudad con entusiasmo primero, con creciente irritación después, como si cada paso lo volviera más ajeno, más distinto, más solo. Empezó a sentirse ridículo a medida que se le escapaba la fuerza, esa energía que lo había hecho sentirse omnipotente a la salida del sueño: ahora estaba desvestido, o más bien lo estaban desvistiendo. Entró en un café, buscó una mesa junto a la ventana para poder seguir mirando la calle y a la vez observar el interior, para estar en los dos lados y no estar demasiado bien lo sabe — en ninguno. Se sintió tan transparente

ante la mirada aburrida del mozo que pidió, por imitar a un viejo que en otra mesa saboreaba el contenido incoloro de un vaso, "algo fuerte, como lo que toma ese señor". Los vidrios empañados le impedían ver la calle lluviosa, sólo distinguía bultos; en cambio el café, a pesar del humos y del olor a frito que anuncia los almuerzos tempranos y pobres, le permitía ver algo más. En la caja oficiaba una mujer de indiscutible autoridad: baja, regordeta, de pelo improbablemente rojo, vendía cigarrillos, fichas de teléfono, cobraba consumiciones. Bromeaba con los clientes y a dos de ellos les mostró (y él también alcanzó a ver) una tarjeta postal con un mar cobalto tan insólito como el color de su pelo. A los dos les insistía con fuerte acento mediterráneo: "Es así mi país, así es de azul, y que nadie me venga a decir lo contrario". Lo decía como quien ha dicho la frase tantas veces que se le ha vuelto una verdad universal. La siguió espiando y le llevó poco darse cuenta —con ayuda del alcohol que lo lleva a las conclusiones rápidas— de que la mujer era mucho menos eficaz de lo que parecía y que también era vieja, muy vieja. Vendía y cobraba con afán, pero se equivocaba a menudo en las cuentas; había que empezarlas de nuevo, ante la impaciencia del mozo, de los clientes y de la propia autora que entonces se embarullaba más e invocaba a oscuros patronos de su

* Escritora argentina, Investigadora, enseña en la Universidad de Princeton, EUA. En 1983 publicó su primera novela en Seix Barral: *En breve cárcel*.

isla. Practicaba la equivocación sin preferencias; lo comprobó cuando se levantó para salir, con piernas que le temblaban un poco, y la mujer le cobró de menos un paquete de cigarrillos. Para hacerse perdonar el enojo con que lo miró cuando se lo hizo notar, le habló (mientras buscaba en los bolsillos los céntimos que ahora le debía) del gato: un siamés diminuto que acababa de ver acurrucado en un estante. La mujer entonces se ablandó, como no se había ablandado con los clientes que ponían en duda el irreal azul de su tarjeta: "Veintiocho años, esta maravilla. La tengo desde que me vine para acá. Ahora se me está poniendo distraída, duerme más de la cuenta". Se acordó de haber leído que los leones duermen casi veinte horas por día, pero juzgó el dato inoportuno. Los clientes que se amontonaban detrás de él le permitieron cortar más intentos de complicidad.

Salió apurado, con la certidumbre de que no volvería a meterse en otro café, con la sensación de haber cometido un error. Había buscado la disponibilidad, el detalle que le devolviera su pasado con creces, la irrisoria, libresca magdalena. En cambio lo invadió lo superfluo, lo que no logrará, pese a sus esfuerzos, sacarse de encima, lo que no lo atañe: un viejo que bebe *grappa*, una corsa que habla de una isla a la que no volverá, una gata de ojos entornados. Piensa en regresos imposibles, piensa en el mar, piensa en su abuela, en la ardua escocesa que fue madre de su padre.

En realidad la conoció muy poco. Retacona y de ojos muy azules, la habrá visto a partir de sus tres años, a veces de pie, pero casi siempre en la cama. La oía hablar, eso sí, y antes de hablar inglés recogió sus expresiones, al punto de imitar los sonidos sin saber qué significaban. La va recordando a medida que camina, sin meta fija: la deriva siempre le resulta provechosa mientras no detenga demasiado la mirada, mientras no se quede atrapado en el pequeño vivir de otros. Se va diciendo que las familias que no se quieren son las familias de las que nadie se desata, se va diciendo que —ya que está atado a su familia— quiere no



Dibujo: Eliana Menassé (detalle)

odiarla. Llega a la explanada, apunta hacia el río, descuenta de una ojeada los dudosos oros del puente recargado. Quiere quererla, se dice. Ha dejado de llover. Faltan los árboles de antes, los han echado abajo para construir un estacionamiento subterráneo, los reemplazan varas enclenques, casi tallos, que algún día serán lo que fueron los otros. ¿Qué árboles serían? Ni robles, ni abedules, ni plátanos, los únicos que conoce a primera vista en estas latitudes. Sus nociones de botánica son tan rudimentarias que cuando quiere anotar un recuerdo de su país, de su ciudad, tiene que pedir ayuda. Ve borrosos los árboles, las plantas de su pasado, se le escapan los nombres, o si recuerda el nombre —la palabra *achira*, por ejemplo— se la ha vaciado de realidad. En esta explanada hay árboles que, cree, no atará a ningún recuerdo. Hay también unos cuantos hombres que a pesar del terreno húmedo se empeñan en jugar a las bochas, hay turistas, extranjeros que se entregan al deslumbramiento de la ciudad soñada. Ve por fin el nombre de una calle y le parece favorable: *Cosntantin*. Sólo después de un rato, al cruzar el puente, se dio cuenta de su error, de la vocal que había leído de menos: la calle no celebraba la memoria del emperador que vio un

singo en sueños sino nombraba una mera ciudad, en Argelia.

Los caminos del exilio son, como todo el mundo sabe, complejos y muy largos de enumerar. En una palabra: tediosos, acaso más que los de una vida sedentaria. Que no le vengan con el cuento de la gran aventura, poblada de peripecias fortificantes, que no le vengan con las ventajas de los diversos y enriquecedores puntos de vista. El exilio da por fin una coraza, como las inclemencias del tiempo curten la piel, pero por cada fisura que aparece en ella, por cada falla, uno se va. ¿Ventajas del exilio? Se es siempre el mismo, con los pocos bártulos que se ha conseguido salvar del desastre —se le antojan ollas grandes, como de puchero— y que pensarán para siempre sobre los hombros porque siempre se está en movimiento. Se es siempre el mismo, pero las palabras se van, las memorias se cruzan y la lengua entumecida, empastada, pierde el hábito de lo que se creía para siempre a salvo. No se olvida: se desaprende.

Su abuela nunca hablaba de su marido, muerto al poco tiempo de nacer el último hijo y como ella extranjero. Deduce —por vagos comentarios que oyó más tarde, no lo podía saber de chico— que era

un perfecto irlandés tarambana. ¿Cómo habrá sido vivir en el Barrio Sur de Buenos Aires a fines de siglo, en caseríos desparramados por Constitución y hacia Barracas, cómo se sentirían aquellos desterrados hijos de Albión? En la casa de al lado (alguien le ha contado) vivía, como en espejo, un matrimonio igual: mujer escocesa, marido irlandés. El marido salía por las noches y al volver achispado se equivocaba sistemáticamente de casa (las dos modestas, iguales) y se empeñaba en entrar en la que no era suya, con lujo de golpes, puntapiés y blasfemias. Entonces se asomaba su mujer, lo llamaba —*Come Dada*— y para que el reclamo surtiera efecto le anunciaba la leva: te vienen a buscar los soldados. Era el momento en que el viejo (que acaso no fuera tan viejo) se despejaba y sin vacilar encontraba su puerta.

Hubiera querido quererla, pero le tenía miedo, acaso desconfianza: era tan distinta. Recuerda (ahora sí, muy nítidamente) que poco antes de su muerte, cuando ya estaba muy enferma, su madre —cuyas respuestas a los duelos eran del todo ajenas al mundo anglosajón— decidió que habría que llevarle los chicos. Fueron todos. Lo primero que vio, cuando se soltó de la mano de su madre y corrió escaleras arriba, fue una cama deshecha y vacía y en medio de la cama un rollo de papel higiénico. Lo retaron por haberse apurado. Su abuela, sostenida por una de sus hijas, estaba en el baño; su hermano y sus padres se habían quedado afuera; el olor a enfermo, aumentado por el vaho de eucaliptos que se desprendía de una ollita encima de la estufa, era intolerable. Se echó atrás. Cuando por fin volvió a entrar, esta vez con sus padres, la abuela estaba compuesta. Fue entonces cuando él se decidió a pronunciar (ante la admiración, le pareció, de su hermano que como él estaba junto a la cama y no decía palabra) la única frase que le haya dicho, en un inglés recién aprendido y trabajoso; a la madre de su padre: "Los ojos de la abuela son azules como el mar". De veras eran de un azul intenso, como bolitas brillantes.

¿Qué fue lo que la movió? Se sentó en la cama y empezó a hablarles, mitad en inglés, mitad en español, de cuando se mudó del

Barrio Sur a la calle Victoria, nombre que pronunciaba con unción. Lo miraba mucho a él, con esos ojitos tan azules, y pensó que estaba por recompensarlo con un cuento, a él que había hablado tan bien en inglés. Contaba que en Victoria tenía un gato que se metía en el horno de la cocina económica, cuando lo dejaban abierto después de comer para aprovechar al máximo los restos de calor, y allí pasaba la noche. Contaba también que le había dicho a la sirvienta (pero ¿cómo se lo habrá dicho?, ella que hablaba tan mal, que cuando pedía una tetera de té decía *tetada*), que mirara siempre dentro del horno, al día siguiente, antes de volver a encender la cocina. Y una mañana —decía esa viejita con ano artificial y ojos azules como el mar que se aferraba al papel higiénico y a él, su nuevo interlocutor en inglés— una mañana Sabina me lo mató porque no me había entendido. Ya entonces, en esa representación en la que participaba sin querer, él se preguntaba qué habría hecho su abuela para pasar tan mal el mensaje, para cortar la comunicación, para que Sabina le asara el gato. La puerta abierta o cerrada se puede indicar por gestos ¿no? Pero eso no lo sabía decir en inglés y sólo atinó a declarar, una vez más y por desesperación: *Grandma's eyes are as blue as the sea*. Ella lo miró con impaciencia, quizá con odio, y cerró los ojos.

Oyó que le decía (acaso las palabras fueran para todos, no sólo para él): *Go away*. Sus palabras fueran para todos, no sólo para él): *go away*. Sus padres los sacaron, a él y a su hermano que no había abierto la boca, de golpe del cuarto (volvería a ese cuarto, veinte años más tarde —cuando se despidió de sus parientes, de la ciudad, por un tiempo largo, quizá para siempre—, y lo vería vacío, mucho más pequeño de lo que lo esperaba). Se quedó con la impresión de que su única frase en inglés había funcionado una vez y luego no había funcionado para nada; aún a los cinco años esas cosas se saben. Al bajar las escaleras del caserón de Belgrano para salir a una de las calles más melancólicas de la ciudad, la calle Freyre, Josefa les abrió la puerta. Les dio, a él y a su hermano, un paquetito de galletas de gengibre que acababa de sacar

del horno —esa Josefa que se había vuelto experta en tortas y m asas inglesas— y le dijo, a él en especial, que era muy majo. La besó porque su madre les tenía dicho que siempre había que besar a Josefa, sin saber para nada qué quería decir majo.

¿Era éste el recuerdo, el despojo al que hubiera querido dar vida, revivir? No lo cree, piensa, mientras reanuda la marcha, la deriva que esta vez lo lleva al norte de la ciudad. Ciudades, calles, árboles y sí, también personas ¿por qué no?: todo se puede superponer aunque no sea igual, y acaso porque no es igual. Por azar un cartel con el nombre de la calle le ofrece la palabra *victoires*, como para cimentar la memoria o pereza de lengua, dejó asar a su gato. No es éste el recuerdo ahuecado que lo desafió en sueños, pero ahora sí sabe que en él hay algo —como una coda solapada— que le haría falta ver, como no vio entonces, para saber. Querría observar, sólo por un instante, los ojos de su hermano mudo mientras miraban a su abuela y también lo miraban a él haciendo esfuerzos desesperados por hablar en inglés. Ver a su hermano de frente, como acaso hayan podido hacerlo los ojos azules como el mar y por fin descubrir —esto se dice mientras sube una calle empinada, como si vencer la cuesta y llegar al descubrimiento fueran una misma cosa— eso en los ojos del otro que lo llevó a no hablar, a no haberle dicho nunca nada a su abuela. Pero sobre todo, si le fuera dado encontrar a su hermano ahora, cara a cara, en una de las muchas vueltas de esta calle, de la vida, querría volver a vivir con él algo que ahora lo roe. De darse esa repetición, quizá sabría por qué esa tarde, cuando nadie hablaba en el automóvil que los llevaría a casa después de la poco lograda despedida ritual, se irguió de pronto su hermano, al lado suyo en el asiento de atrás, y mirándolo fijo pronunció muy fuerte sus dos primeras palabras (acaso las únicas porque nunca más le oyó otras) en inglés: *no blue*. Sus padre, desde el asiento de adelante, festejaron con alivio la proeza inesparada. Empezaron a hablar animadamente de cosas de ellos, camino a Olivos, y él se quedó profundamente dormido. *Jem*